

conducir ciegamente por su mano. El camino en los principios es indudablemente áspero, escabroso, molesto; pero siguiendo sin intermision sus inspiraciones y llamamientos, nos tomará él mismo por la mano, caminará delante de nosotros, suavizando la aspereza, allanando la escabrosidad, cambiando en delicias la molestia de las mortificaciones que conducen á la cumbre de la virtud; y nos colocará sin el menor trabajo en el monte del cielo, donde bebiendo á torrentes las dulzuras de su gloria, penetrados de un júbilo inmenso, indecible, infinito, exclamaremos con mas sólido fundamento que los discípulos: *Domine, bonum est nos hic esse. Amen.*

SERMON.

EL DESPRECIO Á LOS LLAMAMIENTOS DE DIOS CONDUCE Á LA IMPENITENCIA FINAL (1).

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.

Me buscaréis, pero inútilmente, porque moriréis en vuestro pecado.

S. Juan, c. 8. v. 21.

Ya se acerca, cristianos, el tiempo de vuestra feliz y dichosa reconciliacion. Van á desvanecerse completamente las densas tinieblas, que han ocultado á vuestros ojos los hermosos rayos de aquel Sol, que con su presencia llena de alegría el corazon de todos los vivientes. Van á romperse las cadenas con que habéis gemido tanto tiempo, oprimidos bajo la mas cruel é infame esclavitud. La mas piadosa y amante de las madres no se contenta con renovar la memoria de la pasion dolorosa, de la inhumana muerte del Salvador, y recordar el apreciable misterio de nuestra maravillosa redencion; se empeña, digámoslo así, en reproducir estas ideas, grabándolas en nuestro corazon de un modo indeleble; desea que nuestras almas sean lavadas de nuevo con la sangre del Cordero inmaculado; quiere sacarnos del estado lastimoso de pecadores y devolvernos la preciosa vida de la gracia y el derecho á la gloria, que teníamos ya del todo perdido. Á este fin nos priva por espacio de cuarenta dias de

(1) Sobre este mismo asunto y para el mismo dia se halla otro sermon en la página 457 del tomo tercero de los de *Mision*.

las diversiones que tan perjudicialmente nos distraen en otros tiempos, nos obliga á debilitar con el ayuno los ardores de la carne, que es el mayor de nuestros enemigos, nos mueve á ofrecer á Dios, con mas fervor y continuacion que en otras circunstancias, el incienso de nuestras oraciones. A este fin manda bajo las penas mas rigurosas y dignas de temerse, que todos los fieles se acerquen á purificar sus almas en las aguas de la verdadera penitencia, y que pasen despues á alimentarlas con el pan de los ángeles, con el cuerpo adorable y con la sangre preciosa del hijo de Dios. Y á este fin nos encarga á sus ministros, que trabajemos en este tiempo con un celo infatigable en desengañar, instruir y exhortar á sus hijos.

Este ha sido todo mi empeño, el único fin de mi trabajo, el objeto de todas mis fatigas en los años anteriores; pero todo en vano por desgracia; y esta es al presente la causa de mi dolor. Os he hablado como á cristianos, procurando convencerlos y ganarlos para Dios con el testimonio de los profetas, con las verdades del Evangelio y con la doctrina infalible de la Iglesia; pero me engañaron mis halagüeñas esperanzas. Os hablé como á pecadores, ofreciendo á vuestra consideracion la fealdad espantosa de la culpa y los terribles estragos que causa en el alma del infeliz que la comete; mas no he podido convencerlos. Os hablé como á hombres, haciéndoos conocer que es una desatinada locura exponerse á perder unos bienes seguros, inmensos, infinitos, por alcanzar otros aparentes, dudosos, perecederos y demasidamente limitados: cuál haya sido el fruto de mi trabajo vosotros lo veis con indiferencia, y yo lo lloro con la mayor amargura. Algunos admiran mi celo y me tributan unos elogios excesivos, y para mí despreciables, odiosos, y que tal vez pueden serme perjudiciales excitando mi orgullo; elogios que no pueden impedir la continuacion de los perjuros, de los rencores, de los escándalos, de los adulterios, de los hurtos, de las murmuraciones, de todo género de pecados; ni alcanzar el perdón de las injurias, la reconciliacion de los enemigos, la reparacion de los daños, la práctica de la penitencia, que es lo que pretendo exclusivamente con mis exhortaciones. En vista de esto, y conociendo ser inútiles los demas medios de que pudiera valerme, el puro y verdadero amor que os profeso, me ha sugerido la idea de trataros hoy como á brutos (permitídmela esta expresion, hija de mi celo por vuestra salvacion). Es decir,

supuesto que no os ponen en movimiento las amorosas voces del Señor, que no os atraen sus consoladoras promesas, que no hacéis caso de las razones mas convincentes, me veo en la precision de hacerlos entrar en vuestros deberes por el temor del castigo. Pienso pues hablarlos, como Jesucristo á las turbas, del mas terrible que podemos sufrir en esta vida y en la otra, de la impenitencia final y del inminente peligro en que nos hallamos de que el Señor descargue sobre nosotros tan cruel azote, si es que ya no lo ha hecho.

Señor, si aún nuestros nombres no están borrados del libro de la vida, si no habéis todavía decretado la irrevocable sentencia de condenacion, enviádmel vuestro divino Espíritu, para que hable por mis indignos labios, no á los oídos, sino al corazon de los fieles que me escuchan; no unas palabras transitorias, sino que permanezcan grabadas para siempre en lo interior de sus almas; no unas expresiones estériles, sino unas verdades penetrantes que arranquen verdaderas lágrimas, que muevan á un sincero arrepentimiento, que exciten una penitencia saludable. Si esta oracion es desechada, precisamente por ser mia, la misma os dirige todo mi auditorio, en el que alguno habrá que merezca ser oído; y por si así no fuere, recurrimos á la proteccion de la Emperatriz soberana de los cielos. *Ave Maria.*

Por muy poco conocimiento que tenga el cristiano de la majestad infinita de Dios y de la indigna bajeza de sí mismo, no podrá desconocer que el pecado mortal merece una pena rigurosísima, que es acreedor á unos castigos demasidamente terribles, que ha de ser castigado con infinitos tormentos. Estas consideraciones debieran moverle á superar las tentaciones, por mas fuertes que se presentasen, y á vencer la violencia de la pasion. Pero el enemigo, que es el que con astucia infernal excita al pecado, dirige sus principales tiros contra la razon, oscureciéndola, debilitándola y extinguiendo casi del todo sus luces para que no conozca el peligro, para que no vea su infelicidad, para que nada pueda separar ni detener al hombre en la carrera de sus iniquidades. Así es que en el vil estado de estupidez y embrutecimiento, en que se halla el pecador, nada le hace impresion, sino lo que molesta su cuerpo despreciable. Semejante al jumento, que sin entender las palabras, obedece

á pesar suyo al que le castiga con la vara, y al perro que suelta la presa y sirve con fidelidad á su amo por el solo temor del látigo, así el pecador rarísima vez abandona su infeliz estado, se arrepiente y convierte á Dios, sin que preceda el justo temor del castigo que merece por su culpa.

Si sois pues cristianos, si pensáis enjugar las lágrimas de vuestra piadosa madre la Iglesia, si queréis eximiros de la condenación eterna, á que os habéis hecho acreedores por vuestros delitos, volvéd la vista á los siglos pasados, examinád con atención lo que sucede en la actualidad, é inferíd de ahí lo que necesariamente ha de suceder. Revolved con diligencia los inmensos volúmenes de la historia, abrid y leéd con esmero el instructivo libro de la naturaleza, y reflexionád con la mayor seriedad sobre vosotros mismos. Ah! la primera señal de vida que da el hombre en su nacimiento, es una prueba evidentísima de las miserias á que nace condenado. El principio de su ser es por lo comun el principio de su dolor: los ardores del sol le sofocan, los rigores del invierno le traspasan, el fuego le quema y empobrece, el agua le enfría y ahoga, la tierra le cansa, le fatiga, excita su sudor, le quebranta en fuerza del trabajo, incesantemente se ve oprimido de nuevos y mas crueles tormentos. Aquí le lastima un abrojo, allí le araña una zarza, ahora le muerde una vibora, luego le asusta una sierpe, ya le desgarran una fiera, ya le molesta la amargura, ya le desvelan los cuidados, ya le causan miedo los peligros; los mismos bienes le martirizan, en sus semejantes encuentra otros tantos enemigos; este le infama, aquel le deshonra, el otro le hiere, uno le roba, otro le asesina; todo cuanto le rodea, le amenaza con la muerte, y esta por último le arrebatada; y como si aún esto fuera poco, lleva continuamente dentro de sí mismo un enemigo que le atormenta con mas crueldad, que le hace una guerra mas injusta, separándole de lo que mas le agrada, conduciéndole á lo que mas le perjudica, incitándole para que abraza lo que aborrece, arrancándole del objeto de su amor, haciéndole mezclar un llanto verdadero con sus risas aparentes, llenando del acíbar mas amargo los breves gustos que le distraen algun tanto de sus continuos pesares. En una palabra, nace con trabajo, vive atormentado de la miseria, muere oprimido del dolor.

Tal es el hombre, la obra mas perfecta de todo el universo, la criatura mas favorecida, la mas privilegiada, la mas querida

del Señor. Ah! no salió de sus manos benéficas en tan triste y lastimoso estado; ántes bien fué criado en la mayor elevación, en la mas copiosa abundancia, en la mas completa felicidad que pudiera gozar y apetecer sobre la tierra. La muerte, la enfermedad, el dolor, la ignorancia, la concupiscencia, ningun mal es obra de Dios; todos se introdujeron en el mundo, esclavizaron á la naturaleza, oprimieron á la humanidad para castigo del pecador. El impío los llamó con sus palabras, los atrajo con la injusticia de sus obras. Tendéd la vista por esa multitud innumerable de hombres sumergidos en las aguas del diluvio, confundidos con las bestias, luchando con la muerte que los arrebatada, sin que nadie sea capaz de socorrerlos; pues en este estado tan terrible los colocó á todos el pecado. Pasád á las cinco ciudades, tan famosas por su desgraciada suerte; ved las furiosas llamas que en un solo momento se apoderan de todas ellas, consumen sus edificios, abrasan sus campos, reducen á pavesas todo cuanto encuentran; reparád en sus infelices habitantes sobrecogidos de espanto y de terror, que procuran huir y en todas partes encuentran cerrado el paso; que claman y nadie los oye, que gritan y nadie los favorece; que el fuego devorador se introduce por sus miembros y abrasa lo interior de sus entrañas; que en medio de los alaridos mas lúgubres, de las blasfemias mas execrables, de los mas insufribles tormentos acaban su vida infeliz: pues nadie mas que el pecado atrajo sobre ellos tales horrores. En una parte veréis abrirse repentinamente la tierra y tragar vivos á los hombres: en otra advertiréis que fuego del cielo los reduce á cenizas; aquí sentiréis los efectos de una esterilidad, que ocasiona en los hombres una palidez y extenuación horrorosas; allí los de una peste insaciable, cuyo objeto parece ser la destrucción del género humano; por este lado una inundación que arranca de quicio los edificios mas soberbios, que lleva por delante pueblos enteros, que arrebatada, deshace, sepulta todo cuanto encuentra al paso; por aquel una guerra destructora que inunda la tierra en torrentes de sangre y lleva á todas partes la desolación, la esclavitud, el hambre, la muerte... El pueblo de Israel, aquella nación privilegiada entre todas las naciones, aquel pueblo elegido por Dios para objeto de sus bendiciones, para instrumento de sus incomprendibles designios, para depósito de sus inmensas misericordias; el pueblo de Israel, ya se halla en el Egipto agobiado bajo

el despotismo de Faraon que ha jurado su total ruína; ya prófugo en un desierto, acosado de hambre, expuesto á morir de sed, perseguido de una multitud asombrosa de sierpes, cuya mordedura era mortal, oprimido con unos preceptos, cuyo excesivo número hacia casi imposible su cumplimiento, reducido por último á la esclavitud mas vergonzosa, la mas cruel, la mas insufrible; ya viéndose en la precision los padres de alimentarse con los cuerpos de sus propios hijos en el memorable sitio que sufrieron por espacio de tres años, cuyo resultado fué la ruína de los muros de Jerusalem, la destruccion del templo, la ocupacion de sus riquezas por los caldeos, el abandono de sus mujeres á la incontinente brutalidad del soldado, la muerte de los sacerdotes, cuyo cuello estaba bajo la cruel espada del bárbaro, el exterminio de la ciudad, la prision de su rey, privado inhumanamente de la vista, la esclavitud en fin de todos los habitantes, que quedaron por tanto sin honor, sin libertad, sin auxilio alguno, y reducidos á un extremo de infortunio, cuya pintura horroriza y arranca las lágrimas del mas insensible.

Todos estos trabajos fueron enviados por el Señor en castigo de los pecados de su pueblo. Nosotros pudiéramos darnos por contentos, si no nos enviara otros; pero por desgracia, como si todos ellos fueran despreciables, nos amenaza con uno tan excesivo que no admite comparacion. *Queretis me, et in peccato vestro moriemini*: nos dice en el Evangelio de este día: me buscaréis, pero moriréis en vuestro pecado. Terrible, espantosa maldicion! Todos los otros castigos son verdaderas gracias, son apreciables beneficios, son grandísimos favores, son azotes dirigidos por su amor y misericordia; todos van encaminados al mayor bien, á la verdadera felicidad del hombre. Pero la impenitencia final con que hoy nos amenaza, es un castigo dictado por sola su justicia, dirigido expresamente á vengar la ofensa infinita que le hace el hombre con su pecado; un castigo, del que ningun bien puede esperar el pecador, ántes debe temer irremisiblemente el cúmulo de todos los males; un castigo que hace inevitable su eterna condenacion.

A pesar de su ignorancia conocia el pueblo de Israel la terribilidad espantosa de esta pena: cuando gemia atormentado de las otras calamidades, alzaba contra el cielo su voz impía, prorumpiendo en sacrílegas murmuraciones contra Moises y contra Dios que se le habia dado por caudillo; mas cuando ir-

ritado el Señor por su detestable idolatría, le amenaza con que no ha de acompañarle en su viaje, consternados todos y animados de un excesivo dolor, persuadidos á que nunca les ha manifestado tan abiertamente su indignacion, arrojan sus galas y le suplican con la mayor ansia por medio de Moises, que les levante aquel castigo. No nos moveremos de aquí, le dicen; jamas saldremos de este desierto, si nos falta vuestra compañía y direccion. Sufriremos contentos y resignados las inclemencias, pereceremos de hambre, nos dejaremos morir de sed y devorar de las fieras, renunciarnos la tierra fértil que nos habéis prometido, ningun bien apetecemos, si nos abandonáis (1). Sabian muy bien que abandonados de Dios, era imposible su felicidad, que caerian en todos los peligros, que serian vencidos por todos sus contrarios, que darian sobre ellos todas las desgracias: lo sabian, porque varias veces habian experimentado el poder irresistible de su poderosa diestra.

Aún sin esta experiencia, han llegado á conocer los gentiles la inmensa desdicha que oprime á los que Dios abandona. Consultando el cruel Holofernes á sus capitanes acerca de la conquista de Betulia, Aquior, uno de los mas ancianos é instruidos, le refirió en pocas palabras la historia del pueblo hebreo, y concluyó diciendo (2): ántes de acometer procura averiguar, si su Dios le es propicio, ó si este Señor le ha abandonado en castigo de sus desórdenes. En el primer caso, líbrate muy bien de intentar cosa alguna contra él, pues es seguro que, aún sin armas y sin gente, nuestro ejército será derrotado, y nosotros ó sufriremos la muerte, ó una vergonzosa esclavitud. En el segundo, no hay que perder un momento; acometémosle sin temor alguno, que sin remedio vendrá á parar á nuestras manos, pues es incapaz de hacer la menor resistencia. Del mismo modo hablaba el bárbaro Senaquerib, comparando los hombres abandonados de Dios á los huevos que desampara la paloma en el nido, y de que jamas vuelve á hacer el menor caso. Y así es á la verdad, porque el pecador queda expuesto á todos los peligros sin defensa ni esperanza. Cuando Jeremías conoció que Dios habia abandonado su heredad, convocó á las bestias para que se juntasen y dieran priesa á devorarla, sin temor de que

(1) *Exod.* c. 33. (2) *Judith*, c. 5. v. 24. et 25.

nadie les hiciera resistencia (1). ¿Para qué me consultas, ni buscas alivio á tu congoja, decia Samuel al rey Saúl, si el Señor te ha desamparado? Tus males son incurables, tu infelicidad consumada, tu desgracia no tiene remedio.

La esperanza, este único consuelo del cristiano pecador, no tiene lugar en el que ha sido abandonado de Dios. Si la Iglesia, dice san Agustin, supiera quiénes son estos pecadores, jamas ofreceria oraciones por su salvacion, como hace con el demonio, porque sabe con evidencia que son tan irrevocables los decretos de Dios respecto á ellos, como respecto á este. Infelices! cada dia se irá oscureciendo mas su razon, debilitando su voluntad, endureciendo su corazon, para que no conozcan su desgracia, ni procuren librarse de ella, ni hagan caso de los avisos que estremecen á otros pecadores. Beneficios, promesas, castigos, amenazas, reconvenciones, llamamientos, ejemplos de muertes repentinas... todo es inútil, todo es perdido para el pecador abandonado. Tal vez iluminado por algun rayo de luz, que superficialmente se presenta á su entendimiento, ó aterrado con una desgracia que le oprime, aparentará desear el remedio, pedirá el socorro, y acaso acudirá á la penitencia á buscar la salud; pero *morirá en su pecado*, porque pasada la calamidad, olvidada la desgracia, disipado aquel rayo de luz, se endurecerá de nuevo su corazon como el del rey de Egipto, caerá inmediatamente en su antiguo estado, ó por mejor decir, se añadirán cada dia nuevos grados á su infidelidad, hasta que venga á sumergirse, no en las aguas del Mar rojo como aquel, sino en las llamas abrasadoras del infierno. ¿Qué pruebas mas evidentes de la voluntad, del poder, de la justicia de Dios, que las que dió Moises á Faraon? Mas este desventurado no llegó á convencerse, por tener ya cerradas del todo á la luz las puertas de su razon, y ser su alma incapaz de un verdadero desengaño. Tembló á vista de las plagas con que Moises afligió á su pueblo, y principalmente á la de la muerte repentina de los primogénitos, y dió muestras de reconocer su error, de arrepentirse de su temeridad, de obedecer las órdenes del Todopoderoso. El pueblo hebreo consigue libertad para salir del Egipto; mas apenas pone el pié fuera de la ciudad, se olvida Faraon de to-

(1) Jerem. c. 12 v. 9.

do lo ocurrido, organiza su ejército, le persigue, llega á la orilla del mar, y se arroja por el camino que sus aguas habian abierto, para que pasase aquel. Mas, ay! apenas se introduce con su ejército, vuelven estas á juntarse, y todos, sin salvarse uno solo, quedaron sepultados en sus abismos.

¡Espantosa pintura, horrible retrato del pecador constituido en un estado de impenitencia final! Ay! si será mi triste alma una copia de original tan desventurado! ¡Ay de vosotros, si vuestra conducta está representada en la de Faraon! Vuestro término será idéntico al suyo, porque del mismo modo que Moises habla de aquel rey infeliz, se expresan Isaías y san Pablo del que se halle en su caso. Igualmente, dicen, le privará Dios de sus inspiraciones, le negará sus gracias eficaces, endurecerá su corazon, le abandonará á sus perversos deseos, le entregará á la mas cierta é infalible reprobacion, le dejará morir en su pecado. El miserable vivirá como cristiano, creerá como cristiano, acudirá al sagrado de los sacramentos como cristiano, buscará á Dios como cristiano; pero morirá en su pecado, porque su fe será muerta, su esperanza vana, su arrepentimiento fingido.

Aterra en verdad lo que anuncia Dios por Jeremías (1) á esta clase de pecadores. Cuando esté mas encendido el fuego de sus pasiones, dice, les daré una bebida abundante, dulce y sumamente fresca, que logrará embriagarlos y sumergirlos en el mas profundo sueño, en un miserable y eterno letargo, de que nunca despertarán, ni podrán jamas volver á levantarse.

En dónde está, pecador, tu religion? ¿dónde la fe de que tanto te glorías, si no das crédito á mis palabras? Repara que el mismo Dios te habla por mi boca. Y si las crees, dónde está tu razon? dónde tu entendimiento? Huyes con tanto cuidado de los peligros que te expondrían á perder tu hacienda, tu salud, tu reputacion, y ¿no te horroriza el peligro de tu impenitencia final, ántes bien lo buscas tú mismo? Tu vida se ha de acabar sin remedio, y con ella las delicias y prosperidades temporales; pero resucitarás un dia, desde cuyo infeliz momento empezará á sentir los resultados de tu locura é insensatez: tu desgracia será entónces irremediable, durará por toda una eternidad.

(1) Jerem. c. 51. v. 39.

Pero la misericordia de Dios, me diréis, no tiene límites; su amor á los cristianos es infinito; murió por todos en la cruz, y no es posible que olvide jamas lo que le costó nuestra redención. Dígase en buen hora que perecerá el gentil, que se condenará el idólatra, que el ateo será víctima de su incredulidad; mas el cristiano... Ah! este léjos de temer que Dios le desampare, que le precipite en el infierno, debe estar bien persuadido á que será siempre el objeto de su amor. — Funesta credulidad! fatal confianza! maldito error! ilusion perniciosísima! Con que porque Dios se haya propuesto favorecer á los cristianos, privilegiarlos, darles las pruebas mas terminantes de su amor, ¿han de poder ellos violar impunemente sus leyes sacrosantas, despreciar su respetable poder, burlarse de su majestad infinita?

Los judíos fueron un tiempo, como ahora los cristianos, el pueblo predilecto de Dios, el principal objeto de su benéfica providencia, el depósito de sus tesoros y gracias. Fueron ingratos, y perdonó su ingratitude; volvieron á pecar, y volvió á perdonarlos; se rebelaron tercera y cuarta vez, y no por eso les negó el perdón de sus reincidencias; pero llenaron por último la medida, agotaron la paciencia, provocaron la indignación de Dios, y desde el fatal momento en que Jesucristo les dijo: *yo marchó, y aunque me busquéis, moriréis en vuestro pecado*, quedaron privados de su amor, destituidos de su misericordia, borrados del libro de la vida, y caminarán dispersos por todo el mundo, llevando consigo á todas partes el sello de su reprobación eterna.

Cristianos eran los apóstoles y elegidos para maestros de la religion del Crucificado; pero en el instante que este dijo al pérfido Júdas (1): *quod facis, fac citius*, le abandonó, decretó irrevocablemente su condenación, y llegó á verificarse, no obstante que iluminado por alguna débil luz que su cariñoso Maestro dirigió aún á su corazón, llegó á conocer su temeridad, á horrorizarse de su ingratitude, á arrepentirse de su sacrilegio, á detestar su codicia, á restituir el precio de su perfidia. No tenía remedio; ya había sido abandonado, su nombre estaba ya escrito en el fatal catálogo de los réprobos: ya no había perdón para él, aunque le hubiera pedido con incesantes lágrimas, como el miserable Antíoco. Era ya incapaz de misericordia, aun-

(1) Joann. c. 13. v. 27.

que hubiera recurrido á Dios, como el desgraciado Saúl. Él mismo se anticipó su desgracia con la muerte; se precipitó ántes de tiempo en las voraces llamas que le han de consumir por una eternidad.

Cristianos somos nosotros, preferidos siempre en el amor de Dios. Nos hemos rebelado ingratos contra él, sin que dejara de amarnos por eso; ha llamado por el contrario sin cesar á las puertas de nuestro corazón, ha procurado desengañarnos y atraernos á su gracia. Nosotros ignorantes hemos continuado, ó mejor, hemos aumentado nuestros desórdenes abusando de todos sus beneficios, despreciando todos los castigos, burlando todas las amenazas, riéndonos de todos sus avisos; ó, para decirlo con las palabras del mismo Jesucristo, no hemos creído que es el Hijo de Dios, el enviado de Dios: no lo hemos creído, negándonos á la doctrina de sus ministros. Por eso nos hemos atraído la terrible maldición que fulminó contra los judíos: *in peccato vestro moriemini*. Dios nos desampará, nos abandonará completamente; nos privará de su gracia, nos entregará á los perversos deseos de nuestro corrompido corazón, nos dejará correr libremente por el camino de la iniquidad, nos cegará para que no veamos el peligro, endurecerá nuestro corazón...

Suspendéd, Señor, por un rato la ejecución de vuestro decreto. Dirigid compasivo los ojos á las lágrimas que vierten los de estos infelices; atended á la sinceridad con que claman á las puertas de vuestra misericordia; escuchad los gemidos con que os piden el perdón de todas sus culpas. Qué! será mi pueblo mas infiel que las ciudades de Pentápolis? No habrá siquiera veinte justos? no habrá diez? ¿no ha de haber al ménos cinco, por cuyo amor perdonéis á los demas? Sí, Dios mio: es necesario perdonarlos. Aunque su felicidad ó desgracia nada importaran, importa mucho la gloria de vuestro santo nombre. Si no los perdonáis, se jactarán vuestros enemigos de que ha prevalecido su malicia sobre vuestra misericordia, despreciarán vuestro poder, se burlarán de vuestra majestad, deshonrarán vuestra providencia. Acordáos de la palabra que me tenéis dada, de oirme favorablemente, siempre que os pida esta gracia. Cuando mandasteis levantar la serpiente de metal, jurasteis que todos cuantos la mirasen, quedarían perfectamente sanos de las mordeduras de las serpientes verdaderas; y por vuestro Apóstol me

habéis asegurado, que el mismo efecto produciría en las heridas mortales del pecado el Hijo del hombre levantado en la cruz. Todos los fieles que me escuchan se postran en vuestra presencia, y dirigen confiados su vista á ese madero sacrosanto. No hay arbitrio pues, es indispensable perdonarlos. Estáis obligado, permitidme la expresion. Si está firmada la sentencia de su condenacion, tambien lo estaba la de reprobacion de todo el género humano, y á pesar de eso la presencia de vuestro Hijo humanado os obligó á revocarla : firmada estaba la destruccion de Nínive, y las lágrimas y penitencia de sus habitantes os movieron sin embargo á anular el decreto. Suspendéd, para hablar con mas propiedad, la sentencia fatal de nuestra condenacion, porque seguro estoy de que aún no nos habéis abandonado del todo. Condecédnos un espíritu de contricion, para detestar nuestras culpas, el don de lágrimas para llorarlas, la resolucion para confesarlas con ingenuidad, y una gracia eficazísima, por la cual cumplamos tan fielmente nuestros deberes, que os obliguemos á cumplir vuestra promesa de dar la gloria al que así lo hiciere. Amen.

SERMON.

LAS OBRAS DEL PREDICADOR,

AUNQUE MALAS,

EN NADA PERJUDICAN Á SU DOCTRINA.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DÓMINICA SEGUNDA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisei. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate et facite.

Sobre la cátedra de Moises se sentaron los escribas y fariseos. Guardad pues y hacéd todo lo que os dijeren ; mas no hagáis segun sus obras.

S. Mateo, c. 23. v. 2 y 3.

SEÑOR,

¡En qué diferentes estados se ofrece hoy á mi vista vuestra majestad adorable ! ¡Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imágen que me recuerda vuestras ignominias ! Yo no sé ciertamente á dónde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, paréceme que veo salir los rayos de vuestra majestad, cuyo brillo me deslumbra ; si á esa figura lastimosa , apenas alcanza mi fe á persuadirme

(1) Para este dia se hallan dos sermones en la parte de los de *Mision*, el uno en la pág. 312 del tomo segundo acerca de la dulzura y libertad del cristianismo, y el otro en la pág. 480 del tomo tercero sobre la paciencia de Dios en tolerar al pecador.